

Artículo

¿Qué es ser Experto en Psicoterapia?

Felipe Concha Aqueveque 

Universidad Diego Portales (Chile)

INFORMACIÓN

Recibido: 27/04/2025
Aceptado: 07/01/2026

Palabras clave:

Psicoterapeuta
Experto
Debate
Modelo de expertise por capas

RESUMEN

Este artículo aborda el debate sobre la definición y naturaleza del psicoterapeuta experto, problematizando los fundamentos conceptuales y metodológicos que han guiado su estudio. Se revisa el debate contemporáneo, que abarca desde la negación de la existencia de la *expertise* en psicoterapia hasta su comprensión como una variable susceptible de estudio empírico. Asimismo, se integran aportes de disciplinas afines que conciben la *expertise* desde tres paradigmas: la construcción social, el desarrollo progresivo de habilidades y el rendimiento máximo. A partir de estos enfoques, se exploran además variables poco consideradas en la psicología, tales como la delimitación de la lógica de la tarea (rutinaria o difusa), la inclusión de sujetos no humanos y las distintas perspectivas de observación del fenómeno (en primera o tercera persona). Sobre esta base, se propone el Modelo de Expertise por Capas, un marco analítico que organiza los niveles epistemológicos implicados en la investigación sobre terapeutas expertos, favoreciendo la comparación entre estudios y la transparencia conceptual. Finalmente, se discuten las implicancias de cada paradigma en psicoterapia y los límites éticos, científicos y teleológicos que deben orientar la comprensión pluralista de la *expertise* psicoterapéutica.

What Does it Mean to be an Expert in Psychotherapy?

ABSTRACT

This article addresses the debate on the definition and nature of the expert psychotherapist, problematizing the conceptual and methodological foundations that have guided its study. The contemporary discussion is reviewed, ranging from the denial of the existence of *expertise* in psychotherapy to its understanding as an empirically measurable variable. Furthermore, insights from related disciplines are integrated, which conceptualize *expertise* through three paradigms: social construction, progressive skill development, and peak performance. Based on these perspectives, additional variables often overlooked in psychology are explored, such as the delineation of task logic (routine or diffuse), the inclusion of non-human subjects, and the different perspectives for observing the phenomenon (first- or third-person). Building on this, the Layered Expertise Model is proposed as an analytical framework that organizes the epistemological levels involved in the study of expert therapists, fostering comparison across studies and conceptual transparency. Finally, the article discusses the implications of each paradigm for psychotherapy and the ethical, scientific, and teleological boundaries that should guide a pluralistic understanding of psychotherapeutic *expertise*.

Keywords:

Psychotherapist
Expert
Debate
Layered expertise model

¿Qué es ser Experto en Psicoterapia?

El campo de estudio de la expertise se centra en analizar las características de aquellos individuos que sobresalen en el desempeño de una tarea específica (Ericsson, 2018a). Tradicionalmente, se han atribuido factores como la genética, el talento innato o la inteligencia a esta capacidad (Gladwell, 2013). No obstante, en la actualidad, se sostiene que el dominio experto es, en gran medida, el resultado de un entrenamiento sistemático orientado al desarrollo de habilidades específicas relacionadas con la tarea (Ericsson, 2018a).

La expertise ha sido objeto de estudio en diversas disciplinas, las cuales difieren en la tarea específica de desempeño, pero coinciden en ciertos aspectos clave, como el patrón de entrenamiento (Ericsson, 2018a) y las habilidades cognitivas desarrolladas a partir de este (Feltovich et al., 2018). Los expertos dedican un número considerable de horas a su área de desempeño, siguiendo un entrenamiento caracterizado por aproximaciones sucesivas y retroalimentación directa (Ericsson y Pool, 2016).

En el ámbito cognitivo, los expertos desarrollan habilidades superiores y específicas relacionadas con su tarea, lo que se refleja en un conocimiento más amplio, altamente integrado y disponible para la resolución de problemas. Este conocimiento les permite identificar rápidamente los elementos relevantes de una situación y resolver problemas con mayor eficiencia que los no expertos (Feltovich et al., 2018).

La psicoterapia también ha sido estudiada desde el enfoque de la expertise, y los expertos en este campo han sido denominados “Master Therapist” (Skovholt y Jennings, 2017), “Supershrinks” (Miller et al., 2008) y “terapeutas altamente efectivos” (Chow et al., 2015), entre otros. Según una revisión sistemática reciente (Concha et al., 2024), la investigación empírica identifica a los expertos bajo cuatro roles principales: como consultores, donde aportan su conocimiento y experiencia en temas específicos, por ejemplo, al participar en debates; como estándares de rendimiento, utilizados para clasificar y comparar el desempeño de individuos no expertos; como modelos de observación, cuando su práctica clínica es estudiada para analizar su desempeño; y, finalmente, como evaluados a posteriori, donde el estatus de experto se asigna en función de los puntajes obtenidos en pruebas de desempeño.

En esta misma revisión, se identificó que solo algunos estudios proporcionaron un marco conceptual concreto sobre cómo entender la expertise. En la mayoría de los casos, el estatus de experto fue definido operacionalmente con base en factores como los años de experiencia, las credenciales profesionales, la reputación, la afiliación institucional o la dedicación laboral. Sin embargo, esto ha sido señalado como uno de los principales problemas en el estudio de los expertos en psicoterapia, ya que ninguno de estos factores parece tener una relación directa con los resultados terapéuticos (Tracey et al., 2014; Miller et al., 2018).

Como indican Hill et al. (2017, p. 2) en un artículo que aborda directamente este debate: *“sospechamos que la inhabilidad de los investigadores para proveer evidencia acerca del desarrollo de la expertise se debe a las serias falencias en la manera en que se ha conceptualizado y operacionalizado la expertise”*.

El debate ontológico sobre la naturaleza del terapeuta experto ha sido identificado como uno de los problemas actuales en este campo (Concha, 2021; Hill et al., 2017), tanto por su interés

teórico como por sus implicancias prácticas. Es decir, no solo genera interés saber qué hace que un terapeuta sea mejor que otro, también se debe considerar que la manera en que se define al terapeuta experto determina la operacionalización del concepto, los métodos utilizados para acceder a su conocimiento y las posibles interpretaciones de los resultados. Lo que a su vez influye en el desarrollo de manuales de psicoterapia y currículos formativos, el tipo de intervenciones que se promueven y en el estilo terapéutico que los profesionales aplican a sus consultantes.

Considerando lo anterior, el objetivo de este artículo es continuar el debate acerca de qué es ser un terapeuta experto, pero se ampliará el enfoque hacia otras disciplinas donde se han enfrentado problemas similares y propuesto alternativas de solución. En particular, se explorarán los estudios sobre expertise desde una perspectiva socio-antropológica, de la adquisición progresiva de habilidades en el marco del desarrollo vital y desde la mirada de la búsqueda del rendimiento excepcional. En otras palabras la pregunta general que se intentará responder es ¿Qué aportes conceptuales y metodológicos provenientes de otras disciplinas permiten ampliar y comparar las formas de entender la experticia en psicoterapia?

Este trabajo adquiere relevancia en el contexto actual del debate sobre la *expertise* psicoterapéutica, caracterizado por una proliferación de definiciones y enfoques difícilmente comparables. En primer lugar, ofrece una revisión integradora del estado del arte, sistematizando los principales marcos teóricos y empíricos que han abordado la cuestión del terapeuta experto. En segundo lugar, amplía dicho debate al incorporar hallazgos y métodos provenientes de otras disciplinas —como la sociología y antropología—, que permiten enriquecer la comprensión del fenómeno. En tercer lugar, propone un giro epistemológico: pasar de la búsqueda de una definición unívoca de “experto” hacia un enfoque pluralista que reconozca la coexistencia de múltiples criterios de experticia. Finalmente, se plantea un método conceptual para el diseño y comparación de investigaciones sobre terapeutas expertos desde esa perspectiva pluralista. En conjunto, estos aportes buscan articular un lenguaje común que fortalezca tanto la investigación como la formación y evaluación profesional en psicoterapia

El Debate Interno Acerca de qué es ser un Psicoterapeuta Experto

Uno de los artículos más relevantes para iniciar este debate es *“Competence in experts: The role of task characteristics”* de Shanteau (1992). En él, el autor argumenta que hasta ese momento no existía evidencia empírica que demostrara la expertise en psicoterapia. Esto se debía, según Shanteau, a las características propias de la psicoterapia: una tarea con baja predictibilidad en los efectos de cada intervención, lo que dificulta atribuir un resultado específico al terapeuta. Además, señala que, desde la perspectiva del entrenamiento, la psicoterapia es una actividad que tolera un margen mínimo de error y ofrece escasa retroalimentación directa, lo que complica el aprendizaje a partir de la experiencia.

En la misma fecha, Mair (1992) adopta una postura aún más radical en su artículo *“The myth of therapist expertise”*. La autora sostiene que la expertise en psicoterapia es un mito, ya que la evidencia empírica revela una baja o nula relación entre las teorías y técnicas que un terapeuta emplea y los resultados obtenidos por sus

consultantes. Por ejemplo, aunque un terapeuta pueda ser experto en psicoanálisis, no sería su expertise teórica o técnica lo que explicaría los efectos terapéuticos. Más aún, Mair cuestiona la efectividad de la profesión misma, apoyándose en estudios que comparan los resultados de psicólogos profesionales con individuos sin formación en psicología, donde no se observan diferencias significativas (Berman y Norton, 1985; Hattie et al., 1984).

Si bien estos estudios tienen más de tres décadas de antigüedad, existen evidencias más recientes que respaldan la idea de que no habría algo así como expertise en psicoterapia. Por ejemplo, un meta-análisis realizado por Johns et al. (2019) reporta que el efecto del terapeuta representa solo 12,9% de la varianza en el cambio terapéutico, mientras que otros estudios sugieren cifras aún menores, llegando al 4,2% (Crits-Christoph et al. 1991). Asimismo, estudios más recientes han replicado la propuesta de Mair (1992), mostrando la ausencia de diferencia en el resultado terapéutico de profesionales versus paraprofesionales (p.e. Atkins y Christensen, 2001).

Por otro lado, inspirados en el trabajo de Shanteau (1992), ha surgido otra línea argumentativa que sostiene que sí existe expertise en psicoterapia, pero no ha podido ser demostrada debido a la falta de criterios unificados para evaluar los efectos de la terapia y a la escasa retroalimentación que influya directamente en la varianza del cambio terapéutico (Tracey et al., 2014; Tracey et al., 2015). Desde esta perspectiva, la expertise se define como una mejora progresiva del rendimiento, resultado de un acumulado de experiencia (Tracey et al., 2014). Este grupo propone que la expertise psicoterapéutica debería ser análoga a la de otras disciplinas, como el ajedrez, la música o la programación, donde se adquiere mediante el entrenamiento deliberado (Chow et al., 2015; Miller et al., 2013; Tracey et al., 2014). En este sentido, el terapeuta experto se distinguiría por un patrón cognitivo específico, caracterizado por una mejor organización de la información y una comprensión profunda de la tarea, lo que le permitiría adaptarse a diversas contingencias (Oddli et al., 2014).

Shanteau y Weiss (2014) publican una respuesta a Tracey et al. (2014) cuestionando el uso que han hecho de su artículo de 1992. Indican que desde su publicación original hasta el año 2014 ha cambiado significativamente lo que se sabe acerca de expertise en psicoterapia y que por ende ya no sostiene la idea de que no hay expertise demostrable en psicoterapia, sino que dependería de las condiciones bajo las que se evalúa la expertise (Shanteau y Weiss, 2014). Por ejemplo, invitan a diferenciar la expertise en juicio clínico de la expertise en intervención directa con un paciente, indicando que no necesariamente van de la mano. También diferencian entre expertise de un individuo a la expertise como efecto real y cuantificable, en tal caso ponen de ejemplo un astrólogo que puede ser muy experto en su pseudociencia pero que, a diferencia de un médico, su saber no tiene efectos directos sobre la realidad. Añaden la diferencia entre expertise como resultado versus como proceso, por ejemplo, un terapeuta que puede tener una alta capacidad y hacer bien su trabajo (proceso) pero que por factores externos – falta de recursos, paciente resistente al cambio, ruido ambiental, etc. – no obtiene un buen resultado.

En 2017, la revista *The Counseling Psychologist* dedicó un número especial a este debate. El artículo principal, escrito por Hill et al. (2017), hace una crítica directa a la definición de Tracey et al. (2014) desde dos vertientes: (i) las conclusiones de estos autores se basan mayoritariamente en investigación sobre juicio

clínico y no sobre intervención directa sobre pacientes y (ii) que el desarrollo progresivo de habilidades con base en la experiencia es insuficiente si no se traduce en resultados comparativamente superiores. En cambio, proponen como definición de expertise: “la manifestación del más alto nivel de habilidad, competencia profesional y efectividad (Hill et al., 2017, p. 3). Y proponen varias formas de medir la expertise tales como la performance clínica, la habilidad cognitiva, el resultado del consultante, la experiencia, cualidad personal/relacional del terapeuta, credenciales, reputación y autoevaluación (Hill et al., 2017).

Dentro de las respuestas a Hill et al. (2017), se encuentra la defensa del equipo de Tracey et al., a las críticas recibidas (Goodyear et al., 2017). Los autores corrigen su definición agregando que además de un resultado progresivamente mejor producto de la experiencia, este resultado mejor debe estar en relación con algo que de común acuerdo se considere ser relevante para la disciplina (Goodyear et al., 2017). Además, agregan que su definición pone particular énfasis en ayudar a terapeutas a mejorar mientras que la definición de Hill et al. (2017) pone el énfasis en la investigación. A pesar de ello, indican también que no ven algo positivo en la propuesta de Hill de utilizar diferentes formas de evaluación de expertise ya que no necesariamente son variables que se relacionan, e incluso se estaría midiendo tipos de expertise no extrapolables o comparables.

De manera similar, Norcross y Karpiak (2017) critican la definición propuesta por Hill et al. (2017), centrándose especialmente en los criterios de evaluación de la expertise, los cuales, según argumentan, carecen de suficiente evidencia empírica que los relacione con una mayor habilidad clínica. Además, los autores subrayan la importancia de diferenciar entre un psicoterapeuta experto y un experto en psicoterapia. Mientras que el primero está directamente ligado a los resultados obtenidos con sus consultantes, el segundo no necesariamente lo está; por ejemplo, un docente o un investigador podrían ser considerados expertos en psicoterapia sin implicar un efecto clínico directo. Por último, si bien Norcross y Karpiak no proponen una definición concreta de expertise, consideran que esta debería orientarse hacia la búsqueda de la mejor versión del terapeuta, enfatizando aspectos como la relación con el paciente, la capacidad de reparar la alianza terapéutica y el manejo adecuado de la contratransferencia, entre otros factores.

Una tercera respuesta, proveniente de O'Shaughnessy, et al. (2017), coincide con Hill et al. (2017) en que la expertise debe medirse en función de los resultados del paciente. No obstante, critican su postura al señalar que los criterios de excelencia de un terapeuta están influenciados por factores de poder social y privilegio. Es decir, la competencia profesional que se espera de un experto varía según los cambios culturales y las valoraciones de determinados grupos sobre lo que consideran más relevante o valioso. En consecuencia, los autores proponen una definición de expertise que esté anclada al contexto sociocultural y político en el que se desempeña el terapeuta.

Por otro lado, Reese (2017) ofrece una cuarta respuesta, adoptando una postura conciliadora entre el equipo de Tracey et al., y el de Hill et al. Reese sugiere que ambas perspectivas son válidas, aunque analizan la expertise desde enfoques distintos. Mientras que Hill et al. ponen énfasis en la coherencia del concepto (relación con la teoría), Tracey et al., destacan la correspondencia entre la expertise y el beneficio concreto que esta genera para el paciente.

En última instancia, Reese considera que ambas posturas son complementarias y forman parte de un mismo panorama conceptual.

Ahora bien, de forma paralela al debate sobre la definición de expertise, es necesario señalar a aquellos investigadores que no cuestionan ni el concepto ni su validez, sino que parecen asumirla como un hecho. Este grupo incluye la mayoría de las investigaciones empíricas sobre expertise, así como obras reconocidas en el campo, tales como “Master Therapist” de Skovholt y Jennings (2017), “How and why are some therapists better than others” de Castonguay y Hill (2017), “On becoming a better therapist” de Duncan (2010) y “The cycle of excellence” de Rousmaniere et al. (2017), entre otras contribuciones relevantes.

En este grupo, la expertise se concibe como un fenómeno individual y estable en el tiempo, una perspectiva también denominada expertise rutinaria (Betan y Binder, 2010), vertical o adquisitiva (Laitila, 2009). Desde esta perspectiva, se ha identificado que los terapeutas expertos presentan una serie de características distintivas. En primer lugar, destacan por su habilidad para establecer una alianza terapéutica con distintos tipos de pacientes (Wampold et al., 2017). Asimismo, poseen una mayor fluencia verbal, una expresión emocional más efectiva, y la capacidad de brindar esperanza a sus consultantes, además de ser persuasivos, cálidos, empáticos y enfocar su atención en el problema central del paciente (Anderson et al., 2009). En segundo lugar, los terapeutas expertos muestran una mayor sintonía comunicativa con el consultante, un respeto genuino por la otra persona y una clara intención de cooperación. También son capaces de tolerar y manejar adecuadamente las críticas provenientes de sus pacientes (Schöttke et al., 2016). Por otro lado, existe una relación favorable entre su autoconcepto profesional y la capacidad de cuestionar su propio rendimiento, lo que sugiere un equilibrio entre confianza y reflexión crítica (Nissen-Lie et al., 2017). Finalmente, dedican más tiempo a la práctica deliberada, es decir, se involucran de manera consciente y sistemática en el desarrollo de habilidades clínicas y en el análisis riguroso de casos específicos (Chow et al., 2015), entre otras características.

Para concluir la exposición del debate sobre la expertise psicoterapéutica, resulta relevante abordar un elemento que no ha sido tratado en las investigaciones previas: la posibilidad de que la expertise no sea un fenómeno individual, sino colectivo. En otras palabras, la expertise psicoterapéutica podría entenderse como un fenómeno emergente, producto de la interacción entre los sujetos involucrados en la tarea y el contexto en el que esta se desarrolla. Esta perspectiva ha sido denominada expertise horizontal, interactiva, participativa o creativa (Laitila, 2004) y se caracteriza por describir el desempeño superior de equipos colaborativos, como sucede en contextos médicos o deportivos, donde el resultado final no depende únicamente del rendimiento de un solo individuo, sino del trabajo conjunto (Araujo et al., 2015; Engeström, 2018).

Dentro del ámbito de la psicoterapia, destacan como exponentes de esta perspectiva las propuestas de Laitila (2004, 2009) y Betan y Binder (2010). Según Laitila, la expertise psicoterapéutica constituye un fenómeno emergente, producto de la colaboración entre terapeuta y paciente, sin que sea posible atribuir mayor pericia a una de las partes sobre la otra. Por su parte, Betan y Binder (2010) argumentan que la tarea psicoterapéutica es poco estructurada y difícilmente predecible, lo que exige del terapeuta una constante adaptación a las contingencias y al contexto. Esta visión contrasta

con la noción de expertise rutinaria y vertical defendida por otros enfoques. Asimismo, dentro de este grupo se incluyen aquellas investigaciones que, si bien no abordan directamente el estudio de la expertise, analizan el cambio psicoterapéutico como un fenómeno emergente de la relación entre terapeuta y paciente y del contexto en el que esta ocurre. Ejemplos de ello son los estudios sobre la alianza terapéutica (Kramer et al., 2008) o la regulación emocional interpersonal (Hofmann et al., 2016), donde estos factores explican de manera significativa los resultados psicoterapéuticos. Finalmente, también se incluyen investigaciones que explican el cambio terapéutico a partir del calce de las características entre terapeuta y consultante (p. ej., UKATT Research Team, 2007). Desde esta perspectiva, el efecto de la terapia se comprende como una coordinación dinámica de las características individuales y relacionales de los participantes.

A modo de resumen, se pueden identificar cuatro posturas principales en el debate sobre la expertise psicoterapéutica. En primer lugar, hay autores que niegan su existencia, argumentando que no se ha demostrado empíricamente. En segundo lugar, otros sostienen que la expertise sí existe, pero que enfrentamos serias dificultades conceptuales y metodológicas para estudiarla y comprenderla plenamente. Un tercer grupo asume la expertise como un fenómeno individual y estable, y ha desarrollado métodos que permiten evidenciar características específicas de los terapeutas expertos. Finalmente, un cuarto grupo, sin cuestionar la existencia del concepto, considera que la expertise no es un fenómeno exclusivamente individual, sino que debe analizarse como un proceso emergente en la diada terapeuta-paciente.

Expertise más Allá de Nuestras Fronteras

A excepción de las referencias a las teorías generalistas de expertise relacionadas con la organización cognitiva y los patrones de entrenamiento, el debate en psicología apenas ha explorado cómo otras disciplinas han abordado el problema conceptual y operacional de la expertise. Esta sección tiene como propósito exponer precisamente estas otras definiciones, siguiendo la clasificación propuesta por Helton y Helton (2018), quienes identifican tres paradigmas de expertise: (i) construcción social, (ii) desarrollo progresivo de habilidades, y (iii) rendimiento máximo. Además, se abordarán las discusiones metodológicas que atraviesan el estudio de la expertise en distintas disciplinas

Tres Paradigmas de Expertise

Expertise como Construcción Social

La perspectiva social, o socio-antropológica, plantea que el experto no existe como fenómeno aislado, sino que es la sociedad quien otorga este título al definir un saber valioso y establecer un conjunto de reglas mediante las cuales se comparará a los individuos dentro de un grupo (Boyer, 2008).

El concepto central en esta visión es lo que Boyer (2008) denomina “jurisdicción epistémica”, es decir, el poder de juzgar qué constituye un saber relevante. Una vez definido este saber, se establece una distinción entre los expertos (aquellos que poseen dicho saber) y los no-expertos. Las reglas para determinar quién posee mayor grado de conocimiento son variables y dependen del grupo y la actividad en cuestión (Colliere, 2009; Schilling y Vogel, 2019).

Estas pueden ser informales —como la atribución coloquial de un saber— o altamente reglamentadas, como ocurre en competencias deportivas profesionales.

Quien posea el título de experto/a —o su equivalente— tendrá el poder asociado de producir, transmitir, modificar el saber y normar lo que se debe considerar valioso por la sociedad. A medida que los grupos se complejizan, se establecen sistemas de saber/poder que compiten o se complementan entre sí (Colliere, 2009). Así, se podría tener dos expertos/as en una misma área, con saberes distintos y validados por distintos grupos. También podría imponerse un saber experto por sobre otro, anulando la posibilidad de que ciertas personas del grupo sean denominadas como expertas, lo que se conoce como “violencia epistémica” (Teo, 2008). Sin embargo, el saber experto también puede ser complementario a grupos de menor poder, favoreciendo su desarrollo o resistencia al poder hegemónico (Eyal, 2013).

Expertise como Desarrollo Progresivo de Habilidades

Este enfoque desplaza la atención de las dinámicas sociales hacia el individuo y su proceso de adquisición de habilidades a lo largo del tiempo. La conducta experta se define como el éxito en una tarea, producto del aprendizaje y la experiencia acumulada (Helton, 2008). Esta perspectiva permitiría comprender el fenómeno tanto en animales como en humanos, al evitar caer en relativismo de la perspectiva social y no considerar como requisitos la consciencia o lenguaje (Helton y Helton, 2018). Además, permite comprender el fenómeno como un proceso de desarrollo antes que sólo como un resultado (Helton y Helton, 2018).

En el caso de humanos, se ha señalado que el principal factor de desarrollo de la expertise son las horas de práctica deliberada (Ericsson, 2018a; Ericsson y Pool, 2016). Esto se refiere a un proceso de entrenamiento basado en la brecha de competencias del sujeto junto a aproximaciones sucesivas y retroalimentación directa. La correlación entre la cantidad de horas de este tipo de práctica y el desarrollo de expertise ha sido demostrada tanto en tareas cognitivas aisladas como en actividades profesionales, artísticas y deportivas (Ericsson, 2018a). Mientras que factores genéticos y la inteligencia parecieran no tener relación con el desarrollo de la expertise, excepto como moduladores de la práctica deliberada (Ackerman, 2020; Tucker-Drob, 2018).

Por su parte, Dreyfus y Dreyfus (1986) proponen un modelo de cinco etapas de adquisición de habilidades, al cual llegan luego de observar el desarrollo de profesionales en distintas áreas. Dicha clasificación divide los grados de expertise en: novato/a, aprendiz avanzado/a, competente, proficiente y experto/a. En las primeras fases el sujeto ocupa reglas de manera rudimentaria y consciente mientras que al convertirse en experto/a las reglas se aplican de manera intuitiva y adaptadas a las contingencias. Para Dreyfus y Dreyfus (1986) los expertos/as sólo piensan racional y conscientemente una tarea cuando se enfrentan a una situación nueva que requiere una solución creativa y al mismo tiempo basada en su experiencia.

Collins y Evans (2008), en cambio, proponen una clasificación que parte del saber intuitivo en los no expertos y termina en un proceso racional en los expertos. Los autores agrupan el saber experto en dos grandes niveles: *conocimiento ubicuo* y el *conocimiento especializado*. El primero es ese tipo de saber tácito que se adquiere informalmente o en el quehacer cotidiano dentro de

una sociedad. Este puede clasificarse en tres etapas: i) *conocimiento coloquial* (“*beer-mat knowledge*”), o tener una noción básica sobre un asunto sin una comprensión global del mismo; ii) *conocimiento popular*, o tener una comprensión global del asunto, pero sin la capacidad de una reflexión crítica, y; iii) *conocimiento mediante fuentes primarias de información*, por ejemplo, estudios publicados en revistas especializadas.

El segundo grupo es el de *conocimiento especializado* y se entiende como una progresión de lo anterior. Este se divide en dos: *conocimiento interaccional* y *expertise contributiva*. El *conocimiento interaccional* se caracteriza por incluir el factor cultural en el conocimiento. Es decir, el proceso de convertirse en experto/a no implica sólo conocer los tópicos relevantes de una materia o las reglas de un juego, sino también comprender encarnadamente cómo ese conocimiento se desenvuelve y cobra sentido en y desde el grupo. Finalmente, los autores denominan *conocimiento contributivo* a aquel grado de expertise en que el sujeto crea y colabora con su propio conocimiento o habilidades a su campo disciplinar.

Expertise como Rendimiento Excepcional

El tercer enfoque de la expertise se centra en el rendimiento demostrablemente superior en torno a una tarea (Helton y Helton, 2018). Lo gravitatorio de este enfoque es la comprobación empírica de que se tiene un saber o habilidad excepcional antes que los procesos sociales que permiten la emergencia del fenómeno. Así, desde esta perspectiva se ha intentado delimitar en qué áreas es posible observar empíricamente la expertise y qué características tienen los sistemas expertos/as.

Uno de los estudios pioneros en esta línea fue realizado por De Groot (1946), quien investigó las diferencias en los procesos decisionales entre jugadores de ajedrez expertos y no expertos (Feltovich et al., 2018). A partir de estos hallazgos, investigaciones posteriores han replicado esta metodología en diversas disciplinas, identificando características comunes en los expertos a nivel cognitivo y cerebral (Bilalic, 2017).

Se ha observado que las habilidades de expertos/as están limitadas al dominio específico en el que se han desarrollado, sin que necesariamente influyan en otras áreas (Bilalic, 2017). Por ejemplo, un ajedrecista de élite no necesariamente tendrá una mayor habilidad matemática o lógica. Esto sugiere que la expertise no es equivalente a un factor general de inteligencia, sino que corresponde a una alta especialización, caracterizada por el almacenamiento de grandes montos de información específicos a la tarea almacenados en la memoria de largo plazo (Feltovich et al., 2018). Esta información permite al experto/a reconocer patrones y emplear heurísticos que facilitan la toma de decisiones.

También se ha descubierto que los expertos/as gastan más tiempo en el análisis de la situación, discriminan de mejor manera lo significativo de lo accesorio, analizan la tarea de manera holística y logran una comprensión más profunda del problema (Bilalic, 2017). Además, los expertos/as tienen la capacidad de detectar los elementos faltantes para completar la tarea con éxito, habilidad que se ha denominado como *expertise negativa* (Minsky, 1997).

Junto con su mayor habilidad para evaluar la situación, los/as expertos/as en general tienen una mayor habilidad para evaluar sus propias capacidades, necesidades de aprendizaje y resultados de sus acciones, o las de otros (Feltovich et al., 2018).

Sin embargo, es importante aclarar que la expertise no siempre es un proceso consciente. Estudios recientes han señalado que, en áreas donde predominan habilidades procedimentales, como el deporte, los expertos tienen dificultades para explicar verbalmente los movimientos o decisiones que realizan (Ericsson, 2018b).

Como se puede observar, las distintas aproximaciones a la expertise no son completamente excluyentes entre sí. Se diferencian, principalmente, en su foco de análisis y en las condiciones de producción del conocimiento. Mientras que el enfoque social y el de desarrollo progresivo se concentran en las dinámicas longitudinales de la expertise, el enfoque de rendimiento pone su atención en lo transversal, es decir, en las variables específicas que permiten la emergencia del fenómeno en un momento particular.

Aspectos Metodológicos del Estudio Científico de la Expertise

Independientemente del enfoque teórico adoptado para analizar la expertise, esta siempre supone la existencia de un sujeto que posee un saber o una habilidad superior en comparación con un grupo de referencia. El estudio científico de este fenómeno requiere desarrollar tareas que permitan elicitar la conducta experta, medirla de manera rigurosa y acceder a los procesos subyacentes que la explican. En este sentido, se distinguen cuatro dimensiones clave: los tipos de tareas, los sujetos de estudio, los métodos utilizados para acceder al fenómeno y la delimitación del/os sistema/s a observar.

Tareas

Las tareas en el estudio de la expertise pueden clasificarse en rutinarias y no rutinarias (Bohle y Dailey-Hebert, 2021). Las tareas rutinarias siguen una lógica lineal, donde una serie de pasos llevan a un resultado predecible. Ejemplos comunes incluyen el ajedrez clásico o la programación de software. La expertise en este tipo de tareas se caracteriza por un conocimiento profundo de los procedimientos necesarios para alcanzar los objetivos y por la generación de respuestas convergentes (Bohle y Dailey-Hebert, 2021).

Por el contrario, las tareas no rutinarias son menos estructuradas y presentan una lógica difusa, con resultados menos predecibles. La expertise en este contexto se caracteriza por la adaptabilidad del sujeto ante las contingencias y la capacidad de generar soluciones divergentes (Bohle y Dailey-Hebert, 2021).

Sujetos

Al considerar los sujetos de estudio, es necesario distinguir entre sistemas humanos y no humanos. Si bien la expertise es un fenómeno atribuido por humanos —es decir, no una propiedad natural preexistente, sino una categoría socialmente conferida a partir de lo que un grupo considera valioso (Boyer, 2008)—, ello no implica que solo pueda observarse en humanos. En la práctica científica, la expertise también ha sido atribuida a sistemas no humanos, como animales (Helton y Helton, 2018) o sistemas informáticos (Irfan, 2019). Estos pueden ser estudiados de forma independiente o en comparación con sistemas humanos. Por ejemplo, existen investigaciones que contrastan el desempeño de jugadores humanos expertos con el de programas computacionales avanzados (Lee et al., 2016) o comparan distintos sistemas artificiales entre sí

(Gardner et al., 2020). Esto es particularmente relevante actualmente debido al auge de las inteligencias artificiales y la discusión sobre su uso en psicoterapia ya sea mediante chatbots, aprendizaje de patrones o análisis de datos (p.e. Beg et al., 2025; Iftikhar et al., 2025; Wang et al. 2025).

Asimismo, es relevante determinar si la conducta experta será atribuida a un individuo o a un equipo de sujetos. El primer tipo, también se conoce como expertise vertical, haciendo una analogía con el flujo de información del cerebro a las vías eferentes, mientras que el segundo ha sido llamada también expertise horizontal aludiendo a los procesos relacionales que se dan en equipos expertos/as (Laitila, 2009). Contrario a lo que podría suponerse, los equipos expertos no siempre están compuestos por individuos expertos; de hecho, la evidencia indica que la expertise individual puede ser contraproducente en equipos, ya que estos funcionan como un sistema holístico más que como la suma de habilidades individuales (Engeström, 2018).

Métodos

Los métodos de acceso a la expertise pueden dividirse en métodos en primera o tercera persona y/o por el sistema sobre cuál se pondrá el foco en la investigación.

Dentro de los estudios en primera persona, destaca el método de verbalización de las estrategias de resolución de problemas, utilizado inicialmente por Duncker (1945) y, posteriormente, por De Groot (1946, 1965) para el estudio y comparación de las estrategias de resolución de problemas de ajedrez en jugadores novatos y experimentados. Sin embargo, uno de los problemas asociados al método de verbalización es el hecho de que los/as expertos/as no serían del todo conscientes de sus procesos perceptuales y cognitivos (Dijksterhuis et al., 2009; Guldenpenning et al., 2011).

Por otro lado, los estudios en tercera persona se basan en la evaluación externa de la expertise, ya sea mediante la observación del comportamiento experto o la aplicación de instrumentos de medición específicos. No obstante, uno de los puntos críticos para los estudios en tercera persona es la sensibilidad y especificidad de los instrumentos de medición. Por ejemplo, uno de los métodos criticados para evaluar la expertise de un/a sujeto es su reputación la cual no presenta una correlación positiva con otras formas más precisas de medir la expertise como el rendimiento directo o el entrenamiento deliberado (Chow et al., 2015; Hill et al., 2017; Tracey et al., 2015). Alternativas más robustas incluyen el uso de rúbricas de evaluación (Eells et al., 1998), estudios neurocognitivos mediante el análisis de la mirada (Reingold y Sheridan, 2011) o la medición de la actividad cerebral (Bilalic y Compitelli, 2018). La elección del método dependerá de los objetivos del estudio y del nivel de precisión requerido.

Sistema a Observar

Finalmente, es necesario considerar los sistemas de referencia que explican la conducta experta, los cuales pueden ser biológicos, psíquicos o sociales. Por ejemplo, estudios iniciales como el de De Groot (1946) se centraron en el procesamiento psíquico de la información para comprender la expertise de jugadores de ajedrez. Otras investigaciones han puesto el foco en el sistema biológicos como la interacción entre expertise y genética (Tucker-Drob, 2018)

o expertise y cambios estructurales en el cerebro (Bilalic, 2017). Considerando el foco en lo social,

Desde una perspectiva social, se ha estudiado la expertise en equipos (Engeström, 2018; Laitila, 2009) y su relación con los factores sociohistóricos y culturales que influyen en la definición de un saber experto (Merton, 1968). Ejemplos de ello incluyen los sesgos de género, clase y raza en la posibilidad de acceder al estatus de experto (Azocar y Ferree, 2016; McNeil, 1998).

Expertise Psicoterapéutica con Altura de Miras

El debate sobre la expertise psicoterapéutica, tanto desde una perspectiva interna como externa, revela una gran diversidad de enfoques. A primera vista, parecería que existen tantas definiciones de expertise como investigadores interesados en el fenómeno. Sin embargo, este desafío conceptual no es exclusivo de la expertise psicoterapéutica, sino que es un problema inherente a la psicología en sus diversas áreas (Teo, 2010).

A diferencia de los entes naturales, cuya existencia no depende de la interpretación humana, los fenómenos asociados a la psique son entes humanos (Hacking, 1995) e históricos (Teo y Febraro, 2003). Es decir, su definición y existencia dependen de las interpretaciones y contingencias sociales y culturales en las que surgen. Esta idea es especialmente relevante en el contexto de la expertise, ya que, como indican los estudios socio-antropológicos, toda expertise se construye en función de lo que un grupo social considera valioso en términos de habilidades o saberes (Carr, 2010).

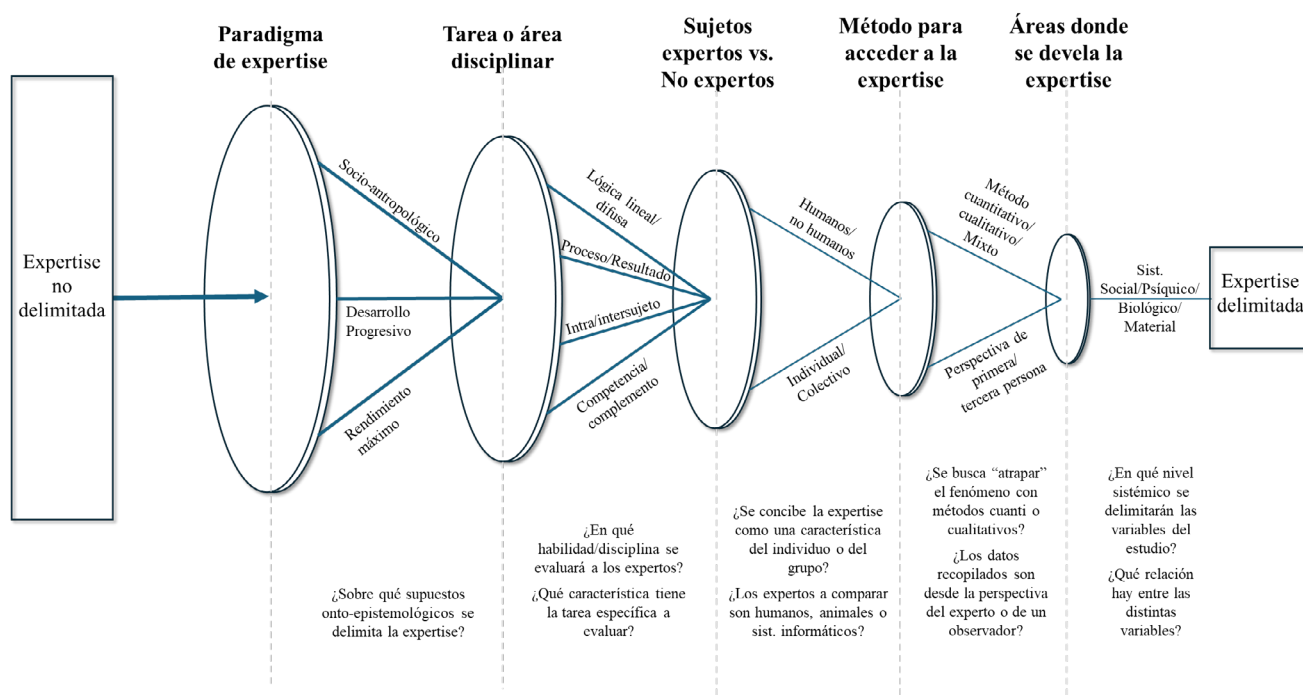
En este sentido, parece infructuoso intentar encontrar una única y “mejor” definición de expertise, como si esta fuera una entidad objetiva e inmutable. Cada definición puede ser cuestionada desde otro paradigma que asigne a la expertise un significado diferente. Como científicos, no podemos aceptar definiciones por mera imposición de autoridad (falacia de apelación a la autoridad) o por la popularidad de una teoría (falacia *ad populum*). Al mismo tiempo, un relativismo absoluto, donde todas las posturas son igualmente válidas, anularía cualquier posibilidad de discusión y contrastación de evidencias.

Una alternativa para abordar este desafío es encontrar un mínimo común denominador que permita tolerar múltiples definiciones y, al mismo tiempo, establezca puentes de diálogo entre ellas. Así surge como propuesta el Modelo de Expertise por Capas que se presenta a continuación.

El modelo surge como una esquematización de la revisión narrativa realizada previamente en este artículo y de las principales categorías de variables que han generado debate en el estudio de la expertise en psicoterapia y en otras áreas. El objetivo inicial del modelo fue poder crear un sistema para poder diseñar, interpretar y discutir resultados concretos de estudios empíricos de expertise dentro de una investigación doctoral ya finalizada (se oculta la referencia para no vulnerar el anonimato de los autores).

El modelo se compone de cinco capas epistémicas (ver Figura 1 y Tabla 1), las cuales están organizadas en función de los elementos que se deben definir para realizar un estudio sobre expertos en cualquier área considerando la revisión expuesta hasta ahora.

Figura 1
Esquema Visual del Modelo de Expertise por Capas



El esquema representa los procesos decisionales que deben tomar los autores de un estudio sobre expertise terapéutica al traducir una noción abstracta de expertise psicoterapéutica en una definición operacional, adecuada al método científico. Las capas se ilustran como lentes atravesados por el fenómeno (flechas), cada una delimitando progresivamente los aspectos observables del mismo. Desde una mirada externa, un evaluador podría emplear las preguntas incluidas como guía para valorar la presencia, la ausencia y la idoneidad de tales delimitaciones conceptuales.

Tabla 1
Modelo de Expertise por Capas: Niveles de Delimitación de un Estudio

Paradigma ontológico ¿Qué es un experto?				
Expertise general				
Antropológico	Desarrollo-progresivo		Rendimiento máximo	
Tarea en cuestión ¿En qué es experto el experto?				
Lógica de análisis				
Tarea rutinaria o de lógica lineal		Tarea no-rutinaria o de lógica difusa		
Tipo de resultado				
Resultado final		Proceso		
Tipo de comparación				
Intrasujeto		Intersujeto		
Tipo de interacción				
Competencia		Complementariedad		
Delimitación del/os sujeto/s ¿Quiénes serán evaluados o definidos como expertos?				
Tipo de sujeto				
Sujetos humanos		Sujetos no humanos		
		Animales	Artificiales	
Cantidad de sujetos expertos				
Individual		Colectivo		
Método de acceso al fenómeno ¿Cómo se estudiará la expertise?				
Observador				
Primera persona		Tercera persona		
Metodología				
Cuantitativa	Mixta		Cualitativa	
Sistema o sub-sistema de operacionalización ¿Cuáles variables serán observadas y reportadas?				
Biológico	Intersección Biológico/ Psíquico	Psíquico	Intersección Píquico/social	Social

La primera capa corresponde a la definición de experto, es decir, a los criterios mediante los cuales se determina quién puede ser considerado como tal - *¿Qué es ser experto?* La segunda se refiere a la delimitación de la habilidad o tarea en la que se evalúa el desempeño experto - *¿En qué es experto el experto?* La tercera alude a la identificación y selección de los sujetos que serán objeto de la evaluación en relación con dicha tarea - *¿Quiénes serán definidos y estudiados como expertos?* La cuarta capa comprende el método o diseño de la prueba de expertise, que especifica cómo se pondrá a prueba el desempeño - *¿Cómo estudiaremos a los*

expertos? Finalmente, la quinta considera el nivel sistémico y las variables de análisis que se incluyen en el estudio particular - *¿Cuáles variables serán observadas y reportadas?*

Este modelo permite clasificar y comparar estudios sobre expertise en psicoterapia, al proporcionar un mapa común que organiza las diversas dimensiones del fenómeno. Además, facilita la identificación de áreas poco exploradas, lo que puede guiar futuras investigaciones.

Por ejemplo, al analizar el debate entre Tracey et al. (2015) y Hill et al. (2017) a través del modelo por capas, se observa que ambos difieren en su paradigma ontológico. Mientras Tracey y colaboradores conciben la expertise como un desarrollo progresivo de habilidades, Hill y su equipo la abordan desde la perspectiva del rendimiento máximo. Además, ninguno de los dos grupos define explícitamente la lógica de la tarea (rutinaria o no rutinaria) ni aclara si consideran la expertise como un resultado final o como un proceso. Ambos coinciden, sin embargo, en delimitar la expertise a sujetos humanos y en concebirla como una variable individual. Por otro lado, ninguno de los enfoques especifica de manera clara el método de acceso al fenómeno ni el nivel sistémico en el que se evaluará la expertise.

Ahora, para ejemplificar la aplicación del modelo a un estudio empírico se puede considerar el trabajo de Eells et al. (2005) sobre expertise en formulación de casos. En términos generales el estudio se posiciona desde el paradigma de rendimiento máximo y delimita teóricamente la expertise con base en los hallazgos neurocientíficos sobre rendimiento cognitivo superior. Sin embargo, al momento de delimitar su muestra adopta un paradigma socio-antropológico al definir a los expertos por características que son valiosas dentro del ámbito profesional tales como realizar investigación o docencia en formulación de casos, así como ser reconocido públicamente como un experto. En segundo lugar, la tarea en que se evaluó la expertise es en formulación de casos, pero en contexto artificial. Es decir, se recrea la tarea bajo condiciones que no necesariamente se dan en la práctica cotidiana de un terapeuta. Cada participante debe leer una viñeta clínica en dos minutos, luego analizar el caso en voz alta por cinco minutos y, finalmente, indicar un plan de tratamiento en dos minutos. El análisis e indicación de tratamiento se realiza en forma libre, es decir, el participante no sabe qué se espera que responda, por lo cual podemos intuir una tarea de lógica difusa con foco en el resultado. En cuanto a la delimitación de los sujetos se observa un estudio de comparación entre sujetos humanos y de forma individual. En cuarto lugar, se observa una metodología mixta que incluye, en lo cuantitativo, la medición de frecuencia y clasificación de respuestas específicas, y en lo cualitativo un análisis de contenido mediante la pauta Case Formulation Content Coding Method. En tanto el análisis es realizado por un observador externo mediante la codificación la respuesta, podemos suponer que es un estudio en tercera persona. Finalmente, las variables a observar se encuentran en el sistema psíquico y corresponde al análisis que los sujetos hacen del estímulo observado y su capacidad para verbalizarlo.

Como se observa, la propuesta del modelo por capas no pretende determinar qué definición de expertise es “mejor” o “más correcta”. En cambio, ofrece un marco que permite comparar enfoques, identificar sus fortalezas y limitaciones, y promover la transparencia en la investigación. Declarar explícitamente la concepción de expertise adoptada en un estudio —junto con sus virtudes y limitaciones— contribuiría a un diálogo científico más riguroso y constructivo.

Discusión

El presente estudio tuvo como objetivo contribuir al debate acerca de qué significa ser experto en psicoterapia. En primer lugar, se evidenció la amplia diversidad conceptual existente, que va desde la negación de la posibilidad misma de hablar de terapeutas expertos (Shanteau, 1992) hasta los esfuerzos contemporáneos por definir el concepto de manera más precisa (Hill et al., 2017). La literatura muestra un mosaico de aproximaciones que delimitan al terapeuta experto a partir de su efectividad clínica, experiencia, conocimiento teórico y reconocimiento entre pares (Caspar, 2017; Concha et al., 2024). Esta disgregación ha sido considerada un problema central en el área (Hill et al., 2017; Norcross y Karpik, 2017). Sin embargo, el presente trabajo propone que dicha pluralidad puede entenderse, más que como un obstáculo, como una fuente de enriquecimiento si se adopta un enfoque pluralista que valore la adecuación contextual de cada definición.

Una forma de comprender las distintas definiciones de expertise en psicoterapia es a través de los paradigmas globales de expertise propuestos por Helton y Helton (2018): (a) el paradigma socioantropológico, que la concibe como una construcción social dependiente de los valores de cada contexto; (b) el paradigma del desarrollo progresivo, que la entiende como un proceso de crecimiento continuo hacia la maestría; y (c) el paradigma del rendimiento máximo, que define al experto como quien demuestra de manera consistente un desempeño superior respecto de sus pares. En el ámbito de la psicoterapia, la investigación se ha concentrado predominantemente en el paradigma del rendimiento máximo y, en menor medida, en el del desarrollo progresivo.

Asimismo, puede observarse una amplia variedad de métodos empleados para estudiar la expertise, lo que implica definir el tipo de tarea en que se evalúa a los expertos, la delimitación de los sujetos considerados como tales y las variables específicas de análisis. Este panorama ha sido representado en el Modelo de Expertise por Capas, cuyo propósito es facilitar la identificación, clasificación, diseño y comparación de estudios sobre expertise en psicoterapia.

Desde una perspectiva crítica, cada paradigma de expertise conlleva implicancias específicas para la práctica clínica, la formación de terapeutas y las políticas públicas. En el caso del paradigma del rendimiento máximo, resulta lógico concentrar los esfuerzos en identificar los componentes que caracterizan a los terapeutas altamente efectivos, con el fin de mejorar los resultados terapéuticos y replicar dichas competencias en la formación de nuevos profesionales. Esta lógica subyace a enfoques como la psicoterapia basada en evidencia, la psicoterapia de precisión o los modelos de costo-efectividad, orientados a optimizar resultados y minimizar recursos. No obstante, una adhesión exclusiva a este paradigma puede derivar en una visión tecnocrática de la psicoterapia (Tophoff, 1976), reduciéndola a un bien de mercado (Gimeno-Peón et al., 2018) y relegando dimensiones relacionales, éticas y culturales de gran valor.

Por su parte, el paradigma del desarrollo progresivo presenta implicancias centradas en la formación y la supervisión clínica. Este enfoque asume que la expertise es un proceso dinámico de mejora continua en el que la práctica deliberada, la retroalimentación constante y la reflexión crítica desempeñan un papel esencial (Helton y Helton, 2018). Desde esta perspectiva, la formación de

terapeutas se podría concebir como un itinerario de desarrollo en el que la experiencia y la supervisión permiten la internalización progresiva de habilidades complejas, la autorregulación emocional y la capacidad de juicio clínico. A partir de ello deberíamos pensar en políticas educativas que promueven modelos de entrenamiento escalonados, supervisión reflexiva y evaluación formativa más que sumativa o centrada en la calificación.

En contraste, el paradigma socioantropológico introduce el riesgo del relativismo. Si cada comunidad define autónomamente qué constituye la expertise, ¿cómo garantizar un estándar mínimo de seguridad y evitar prácticas potencialmente dañinas? Las terapias reparativas de la homosexualidad, aún vigentes en algunos contextos culturales bajo la pretensión de saber experto (Valim-Angelo, 2025), ilustran este problema. No obstante, este paradigma también actúa como contrapeso a la hegemonía epistemológica del norte global, permitiendo visibilizar saberes locales y prácticas culturalmente situadas en la formación y la investigación en psicoterapia (Fernández-Álvarez y Paz, 2024). En consonancia con la teoría de los factores comunes (Orlinsky, 2009), las variables contextuales y culturales influyen directamente en los resultados terapéuticos, lo que ha impulsado la incorporación progresiva de la competencia cultural como dimensión esencial en la formación del terapeuta experto (Chu et al., 2022).

En conjunto, esta pluralidad refleja que la expertise es un fenómeno humano situado, moldeado por las interpretaciones de quienes la estudian. En consecuencia, más que buscar una definición única, este trabajo propone el Modelo de Expertise por Capas como una herramienta para mapear y comparar las distintas aproximaciones de manera pluralista, transparente y contextualizada.

Considerar la expertise terapéutica desde un paradigma pluralista conlleva, sin embargo, el riesgo del relativismo y de la incomparabilidad entre las múltiples definiciones de experto. Si cada perspectiva establece sus propios criterios, resulta complejo generar un lenguaje común para evaluar y contrastar los hallazgos. Por ello, es necesario establecer ciertos límites al pluralismo, entendidos como coordenadas que orienten la diversidad sin anularla. En esta reflexión final, se proponen tres elementos clave: la ética, la evidencia científica y la dimensión teleológica.

En primer lugar, consideramos que la ética constituye un límite inamovible respecto de qué se considera como definición válida de psicoterapeuta experto. La pluralidad de concepciones sobre la expertise no puede justificar prácticas que vulneren la dignidad, la autonomía o el bienestar de las personas atendidas. Definir al terapeuta experto implica necesariamente reconocer la responsabilidad inherente al ejercicio profesional. La ética de la expertise psicoterapéutica requiere que los conocimientos y las intervenciones se guíen por el respeto a la diferencia, la sensibilidad cultural y el compromiso con la seguridad del consultante. De este modo, el pluralismo ético no equivale a neutralidad moral, sino a la coexistencia de perspectivas diversas bajo un marco compartido de responsabilidad y cuidado.

En segundo lugar, la evidencia científica establece otro límite fundamental. Dado que la psicoterapia es una práctica científica con repercusiones reales sobre individuos y comunidades, no es posible sostener concepciones de expertise desvinculadas de la evidencia empírica. Esto no implica reducir la noción de evidencia a métodos cuantitativos o mediciones de desempeño, sino mantener una

coherencia entre las afirmaciones teóricas y los datos observables. La expertise terapéutica debe sustentarse, por tanto, en una base empírica verificable que respalde su efectividad, coherencia interna e impacto positivo en los procesos de cambio psicológico, la supervisión, la formación de terapeutas y la salud ocupacional de los profesionales.

Finalmente, la dimensión teleológica constituye un tercer límite, en tanto toda definición de expertise debería estar orientada por un propósito. Ser experto implica ser competente en función de una meta determinada, y dicha meta no se reduce exclusivamente al resultado terapéutico. Existen formas de expertise vinculadas a la docencia, la supervisión o la investigación que contribuyen al desarrollo del campo desde distintas aristas. Limitar la definición de terapeuta experto únicamente a sus resultados clínicos sería reduccionista, pues la expertise en psicoterapia también abarca la capacidad de pensar, enseñar y sostener críticamente la práctica. Así, las formas de demostrar la expertise deben ser válidas en consideración de esa teleología: un terapeuta experto en teoría demostrará su competencia mediante el dominio conceptual y argumentativo, mientras que un terapeuta experto en la práctica clínica evidenciará su maestría en la interacción terapéutica y la efectividad de su trabajo con los consultantes.

Asimismo, es importante reconocer que estas tres coordenadas no buscan imponer homogeneidad conceptual, sino ofrecer un marco orientativo que permita sostener la diversidad sin perder coherencia disciplinar. En este sentido, la ética provee el horizonte de responsabilidad y cuidado; la evidencia científica garantiza el vínculo entre teoría y realidad empírica; y la teleología recuerda que toda definición de expertise está orientada hacia un fin práctico y humano. Este equilibrio entre apertura plural y límites normativos posibilita un diálogo interdisciplinario genuino y promueve una comprensión más madura del rol del terapeuta experto en la sociedad contemporánea.

Financiación

Este trabajo cuenta con el financiamiento de la Asociación Nacional de Investigación y Desarrollo de Chile, bajo la figura de Beca de Doctorado Nacional y bajo la figura del Programa Iniciativa Científica Milenio / Instituto Milenio para la Investigación en Depresión y Personalidad-MIDAP ICS13_005.

Conflicto de Intereses

Declaro no tener conflicto de interés.

Referencias

- Ackerman, P. L. (2020). Intelligence and expertise. In R. J. Sternberg (Ed.), *The Cambridge handbook of intelligence* (pp. 1159–1176). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781108770422.049>
- Anderson, T., Ogles, B. M., Patterson, C. L., Lambert, M. J., y Vermeersch, D. A. (2009). Therapist effects: Facilitative interpersonal skills as a predictor of therapist success. *Journal of Clinical Psychology*, 65, 755–768. <https://doi.org/10.1002/jclp.20583>
- Araujo, D., Silva, P., y Davids, K. (2015). Capturing group tactical behaviors in expert team players. En J. Baker y D. Farrow (Eds.), *Routledge handbook of sport expertise* (pp. 209–220). Routledge.
- Atkins, D. C., y Christensen, A. (2001). Is professional training worth the bother? A review of the impact of psychotherapy training on client outcome. *Australian Psychologist*, 36(2), 122–130. <https://doi.org/10.1080/00050060108259644>
- Azocar, M. J., y Ferree, M. M. (2016). Engendering the sociology of expertise. *Sociology Compass*, 10(12), 1079–1089. <https://doi.org/10.1111/soc4.12438>
- Beg, M., Verma, M., Chathar, V., y Verma, M. (2025). Artificial intelligence for psychotherapy: A review of the current state and future directions. *Indian Journal of Psychological Medicine*, 47(4), 314–325. <https://doi.org/10.1177/02537176241260819>
- Berman, J. S., y Norton, N. C. (1985). Does professional training make a therapist more effective? *Psychological Bulletin*, 98(2), 401–407. <https://doi.org/10.1037//0033-2909.98.2.401>
- Betan, E., y Binder, J. (2010). Clinical expertise in psychotherapy: how expert therapist use theory in generating case conceptualizations and interventions. *Journal of Contemporary Psychotherapy*, 40, 141–152. <https://doi.org/10.1007/s10879-010-9138-0>
- Bilalic, M. (2017). *The neuroscience of expertise*. Cambridge University Press.
- Bilalic, M., y Campitelli, G. (2018). Studies of the activation and structural changes of the brain associated with expertise. En K.A. Ericsson, R. Hofmann, A. Kozbelt y A. Williams (Eds.), *The Cambridge handbook of expertise and expert performance* (pp. 233–254). Cambridge University Press.
- Bohle, K., y Dailey-Hebert, A. (2021). Routine expertise, adaptive expertise, and task and environmental influences. En M.-L. Germain y R.S. Grenier (Eds.), *Expertise at work. Current and emerging trends* (pp.39–58). Palgrave Macmillan.
- Boyer, D. (2008). Thinking through the anthropology of experts. *Anthropology in Action*, 15(2), 38–46. <https://doi.org/10.3167/aia.2008.150204>
- Caspar, F. (2017). Professional expertise in psychotherapy. In L. G. Castonguay & C. E. Hill (Eds.), *How and why are some therapists better than others?: Understanding therapist effects* (pp. 193–214). American Psychological Association. <https://doi.org/10.1037/0000034-012>
- Castonguay, L., y Hill, C. (2017). *How and why are some therapists better than others*. American Psychological Association.
- Carr, E. S. (2010). Enactments of expertise. *Annual review of anthropology*, 39(1), 17–32.
- Chow, D. L., Miller, S. D., Seidel, J. A., Kane, R. T., Thornton, J. A., y Andrews, W. P. (2015). The role of deliberate practice in the development of highly effective psychotherapists. *Psychotherapy*, 52(3), 337–345. <https://doi.org/10.1037/pst0000015>
- Chu, W., Wippold, G., y Becker, K. D. (2022). A systematic review of cultural competence trainings for mental health providers. *Professional Psychology: Research and Practice*, 53(4), 362–371. <https://doi.org/10.1037/pro0000469>
- Colliere, M. F. (2009). *Promover la vida*. McGraw Hill.
- Collins, H., y Evans, R. (2008). *Rethinking expertise*. University of Chicago Press.
- Concha, F. (2021). Desafíos asociados al estudio de psicoterapeutas expertos. *Papeles del Psicólogo*, 42(3), 200–206. <https://doi.org/10.23923/pap.psicol.2972>
- Concha, F., Martínez, C., y Díaz, V. (2024). Operational definition of expert therapist in empirical research. *Journal of International Crisis & Risk Communication Research*, 7(S8), 449–472. <https://doi.org/10.5281/zenodo.14460230>

- Crits-Christoph, P., Baranackie, K., Kurcias, J. S., Beck, A., Carroll, K., Perry, K., Luborsky, L., McLellan, T., Woody, G., Thompson, L., Gallagher, D., y Zitrin, C. (1991). Meta-analysis of therapist effects in psychotherapy outcome studies. *Psychotherapy Research*, 1(2), 81-91. <https://doi.org/10.1080/10503309112331335511>
- De Groot, A. D. (1946). *Het denken van den schaker*. Noord Hollandsche.
- De Groot, A. D. (1965). *Thought and choice in chess*. Mouton Publishers.
- Dijksterhuis, A., Bos, M. W., Van der Leij, A., y Van Baaren, R. B. (2009). Predicting soccer matches after unconscious and conscious thought as a function of expertise. *Psychological Science*, 20(11), 1381-1387. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9280.2009.02451.x>
- Dreyfus, H. L., y Dreyfus, S. E. (1986). *Mind over machine: The power of human intuition and expertise in the era of the computer*. Basil Blackwell Ltd.
- Duncan, B. (2010). *On becoming a better therapist*. American Psychological Association.
- Duncker, K. (1945). On problem-solving (L. S. Lees, Trans.). *Psychological Monographs*, 58(5), i-113. <https://doi.org/10.1037/h0093599>
- Eells, T. D., Kendjelic, E. M., y Lucas, C. P. (1998). What's in a case formulation? Development and use of a content coding manual. *The Journal of Psychotherapy Practice and Research*, 7(2), 144-153.
- Eells, T. D., Lombart, K. G., Kendjelic, E. M., Turner, L. C., y Lucas, C. P. (2005). The quality of psychotherapy case formulations: a comparison of expert, experienced, and novice cognitive-behavioral and psychodynamic therapists. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 73(4), 579-589. <https://doi.org/10.1037/0022-006X.73.4.579>
- Engeström, Y. (2018). *Expertise in transition: Expansive learning in medical work*. Cambridge University Press.
- Ericsson, K. A. (2018a). The differential influence of experience, practice, and deliberate practice on the development of superior individual performance of experts. En K.A. Ericsson, R. Hofmann, A. Kozbelt y A. Williams (Eds.), *The Cambridge handbook of expertise and expert performance* (pp. 745-769). Cambridge University Press.
- Ericsson, A. (2018b). Capturing expert thought with protocol analysis: Concurrent verbalizations of thinking during experts' performance on representative tasks. En K.A. Ericsson, R. Hofmann, A. Kozbelt y A. Williams (Eds.), *The Cambridge handbook of expertise and expert performance* (pp.523-578). Cambridge University Press.
- Ericsson, A., y Pool, R. (2016). *Peak: Secrets from the new science of expertise*. Random House.
- Eyal, G. (2013). For a sociology of expertise: The social origins of the autism epidemic. *American Journal of Sociology*, 118(4), 863-907. <https://doi.org/10.1086/668448>
- Feltovich, P., Prietula, M., y Ericsson, K. A. (2018). Studies of expertise from psychological perspectives: Historical foundations and recurrent themes. En K. A. Ericsson, R. Hofmann, A. Kozbelt y A. Williams (Eds.), *The Cambridge handbook of expertise and expert performance* (pp. 59-83). Cambridge University Press.
- Fernández-Álvarez, J., y Paz, C. (2024). Iberoamérica como región para la investigación en psicoterapia: ¿por qué y para qué?. *Revista de Psicoterapia*, 35(127), 1-4. <https://doi.org/10.5944/rdp.v35i127.40008>
- Gardner, R. W., Lowman, C., Richardson, C., Llorens, A. J., Markowitz, J., Drenkow, N., Newman, A., Clark, G., Perotta, G., Perotta, R., Highley, T., Shcherbina, V., Bernadoni, W., Jordan, M., y Asenov, A. (2020). The first international competition in machine reconnaissance blind chess. *Proceedings of Machine Learning Research*, 123, 121-130. <https://proceedings.mlr.press/v123/gardner20a/gardner20a.pdf>
- Gimeno Peón, A., Barrio Nespereira, A., y Álvarez Casariego, M. T. (2018). Psicoterapia: marca registrada. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 38(133), 131-144. <https://dx.doi.org/10.4321/S0211-57352018000100007>
- Gladwell, M. (2013). *Fuera de serie: por qué unas personas tienen éxito y otras no*. Taurus.
- Goodyear, R. K., Wampold, B. E., Tracey, T. J., y Lichtenberg, J. W. (2017). Psychotherapy expertise should mean superior outcomes and demonstrable improvement over time. *The Counseling Psychologist*, 45(1), 54-65. <https://doi.org/10.1177/0011000016652691>
- Güldenpenning, I., Koester, D., Kunde, W., Weigelt, M., y Schack, T. (2011). Motor expertise modulates the unconscious processing of human body postures. *Experimental Brain Research*, 213(4), 383-391. <https://doi.org/10.1007/s00221-011-2788-7>
- Hacking, I. (1995). The looping effects of human kinds. In D. Sperber, D. Premack, & A. J. Premack (Eds.), *Causal cognition: A multidisciplinary debate* (pp. 351-394). Clarendon Press/Oxford University Press.
- Hattie, J. A., Sharpley, C. F., y Rogers, H. J. (1984). Comparative effectiveness of professional and paraprofessional helpers. *Psychological Bulletin*, 95(3), 534-541. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.95.3.534>
- Helton, W. S. (2008). Expertise acquisition as sustained learning in humans and other animals: commonalities across species. *Animal Cognition*, 11(1), 99-107. <https://doi.org/10.1007/s10071-007-0093-4>
- Helton, W. S., y Helton, N. D. (2018). Expertise in other animals: Canines as an example. En K.A. Ericsson, R. Hofmann, A. Kozbelt y A. Williams (Eds.), *The Cambridge handbook of expertise and expert performance* (pp.49-56). Cambridge University Press.
- Hill, C. E., Spiegel, S. B., Hoffman, M. A., Kivlighan Jr, D. M., y Gelso, C. J. (2017). Therapist expertise in psychotherapy revisited. *The Counseling Psychologist*, 45(1), 7-53. <https://doi.org/10.1177/0011000016641192>
- Hofmann, S., Carpenter, J., y Curtiss, J. (2016). Interpersonal emotion regulation questionnaire (IERQ): Scale development and psychometric characteristics. *Cognitive Therapy and Research*, 40(3), 341-356. <https://doi.org/10.1007/s10608-016-9756-2>
- Irfan, M. (2019). A review on knowledge-based expert system. *The International Journal of Analytical and Experimental Modal Analysis*, 11(4), 85-88. <https://ijaema.com/index.php/volume-11-issue-4-april-2019-r/#:~:text=DOI%3A18.0002.IJAEMA.2019.V11I4.2083010.2747>
- Ifthikhar, Z., Xiao, A., Ransom, S., Huang, J., y Suresh, H. (2025, October). How LLM counselors violate ethical standards in mental health practice: A practitioner-informed framework. In *Proceedings of the AAAI/ACM Conference on AI, Ethics, and Society* (Vol. 8, No. 2, pp. 1311-1323).
- Johns, R. J., Barkham, M., Kellett, S., y Saxon, D. (2019). A systematic review of therapist effects: A critical narrative update and refinement to review. *Clinical Psychology Review*, 67, 78-93. <https://doi.org/10.1016/j.cpr.2018.08.004>
- Kramer, U., de Roten, Y., Beretta, V., Michel, L., y Despland J. (2008). Patient's and therapist's views of early alliance building in dynamic psychotherapy: Patterns and relation to outcome. *Journal of Counseling Psychology*, 55(1), 89-95. <https://doi.org/10.1037/0022-0167.55.1.89>
- Laitila, A. (2004). *Dimension of expertise in family therapeutic process*. University of Jyväskylä.
- Laitila, A. (2009). The expertise question revisited: Horizontal and vertical expertise. *Contemporary Family Therapy*, 31(4), 239-250. <https://doi.org/10.1007/s10591-009-9098-2>
- Lee, C. S., Wang, M. H., Yen, S. J., Wei, T. H., Wu, I. C., Chou, P. C., Chun-Hsun, C., Ming-Wan, W., y Tai-Hsiung, Y. (2016). Human vs. computer go:

- Review and prospect (discussion forum). *IEEE Computational Intelligence Magazine*, 11(3), 67-72. <https://doi.org/10.1109/mci.2016.2572559>
- Mair, K. (1992). The myth of psychotherapy expertise. En W. Dryden y C. Feltham (Eds.), *Psychotherapy and its discontents* (pp. 135-167). Open University Press.
- McNeil, M. (1998). Gender, expertise and feminism. En R. Williams, W. Faulkner, y J. Fleck (Eds.), *Exploring expertise* (pp. 55-79). Palgrave Macmillan, London.
- Merton, R. (1968). The matthew effect in science. *Science*, 159(3810), 56-63. <https://doi.org/10.1126/science.159.3810.56>
- Miller, S., et al. (2013). The outcome of psychotherapy: yesterday, today, and tomorrow. *Psychotherapy*, 50(1), 88-97. <https://doi.org/10.1037/a0031097>
- Miller, S. D., Hubble, M. A., y Chow, D. (2018). The question of expertise in psychotherapy. *Journal of Expertise*, 1(2), 1-9. https://www.journalofexpertise.org/articles/volume1_issue2/JoE_2018_1_2_Miller_Hubble_Chow.html
- Miller, S., Hubble, M., y Duncan, B. (2008). Supershrinks: What is the secret of their success? *Psychotherapy in Australia*, 14(4), 14-22. <https://doi.org/10.1037/e526322010-003>
- Minsky, M. (1997). Negative expertise. In P. J. Feltovich, K. M. Ford, y R. R. Hoffman (Eds.), *Expertise in context: Human and machine* (pp. 515-521). AAAI Press.
- Nissen-Lie, H., Ronnestad, M., Hoglend, P., Havik, O., Solbakken, O., Stiles, T., y Monsen, J. (2017). Love yourself as a person, doubt yourself as a therapist? *Clinical Psychology and Psychotherapy*, 24(1), 48-60. <https://doi.org/10.1002/cpp.1977>
- Norcross, J. C., y Karpiak, C. P. (2017). Our best selves: Defining and actualizing expertise in psychotherapy. *The Counseling Psychologist*, 45(1), 66-75. <https://doi.org/10.1177/0011000016655603>
- Orlinsky, D. E. (2009). The generic model of psychotherapy after 25 years: Evolution of a research-based metatheory. *Journal of Psychotherapy Integration*, 19(4), 319-339. <https://doi.org/10.1037/a0017973>
- O'Shaughnessy, T., Du, Y., y Davis III, C. (2017). Reflections on the power to define psychotherapy expertise. *The Counseling Psychologist*, 45(1), 90-98. <https://doi.org/10.1177/0011000016668414>
- Oddli, H. W., Halvorsen, M. S., & Ronnestad, M. H. (2014). *Expertise demonstrated: What does it mean to be an expert psychotherapist*. Society for the Advancement of Psychotherapy. <http://societyforpsychotherapy.org/expertise-demonstrated>
- Reingold, E. M., y Sheridan, H. (2011). Eye movements and visual expertise in chess and medicine. En S.P. Liversedge, L.D. Gilchrist, y S. Everling (Eds.), *Oxford handbook on eye movements* (pp. 528-550). Oxford University Press.
- Reese, R. J. (2017). The promise and challenge (and reality) of defining therapist expertise. *The Counseling Psychologist*, 45(1), 76-89. <https://doi.org/10.1177/0011000016657161>
- Rousmaniere, T., Goodyear, R., Miller, S., y Wampold, B. (2017). *The cycle of excellence*. Wiley-Blackwell.
- Shanteau, J. (1992). Competence in experts: The role of task characteristics. *Organizational Behavior and Human Decision Processes*, 53, 252-266. [https://doi.org/10.1016/0749-5978\(92\)90064-e](https://doi.org/10.1016/0749-5978(92)90064-e)
- Shanteau, J., y Weiss, D. J. (2014). Individual expertise versus domain expertise. *American Psychologist*, 69(7), 711-712. <https://doi.org/10.1037/a0037874>
- Schilling, L., y Vogel, J. (2019). *Transnational cultures of expertise*. De Gruyter.
- Schöttke, H., Flückiger, C., Goldberg, S. B., Eversmann, J., y Lange, J. (2016). Predicting psychotherapy outcome based on therapist interpersonal skills: A five-year longitudinal study of a therapist assessment protocol. *Psychotherapy Research*, 27(6), 642-652. <https://doi.org/10.1080/10503307.2015.1125546>
- Skovholt, T., y Jennings, L. (2017). *Master therapist: Exploring expertise in therapy and counseling*. Oxford University Press.
- Teo, T. (2008). From speculation to epistemological violence in psychology: A critical-hermeneutic reconstruction. *Theory & Psychology*, 18(1), 47-67. <https://doi.org/10.1177/0959354307086922>
- Teo, T. (2010). Ontology and scientific explanation: Pluralism as an a priori condition of psychology. *New Ideas in Psychology*, 28(2), 235-243. <https://doi.org/10.1016/j.newideapsych.2009.09.017>
- Teo, T., y Febraro, A. R. (2003). Ethnocentrism as a form of intuition in psychology. *Theory & Psychology*, 13(5), 673-694. <https://doi.org/10.1177/09593543030135009>
- Tophoff, M. (1976). Psychotherapy and the paradox of expertise. *Psychotherapy: Theory, Research & Practice*, 13(4), 316-320. <https://doi.org/10.1037/h0086499>
- Tracey, T. J. G., Wampold, B. E., Lichtenberg, J. W., y Goodyear, R. K. (2014). Expertise in psychotherapy: An elusive goal? *American Psychologist*, 69(3), 218-229. <https://doi.org/10.1037/a0035099>
- Tracey, T., Wampold, B. Goodyear, R. K., y Lichtenberg, J. W. (2015). Improving expertise in psychotherapy. *Psychotherapy Bulletin*, 50(1), 7-13. <https://societyforpsychotherapy.org/improving-expertise-in-psychotherapy/>
- Tucker-Drob, E. (2018). Primer: Theoretical concepts in the genetics of expertise. En D. Hambrick, G. Campitelli y B. Macnamara (Eds.), *The science of expertise* (pp.241-252). Routledge.
- UKATT Research Team. (2007). UK alcohol treatment trial: client-treatment matching effects. *Addiction*, 103, 228-238. <https://doi.org/10.1111/j.1360-0443.2007.02060.x>
- Valim-Angelo, T. (2025). Healing from the gay cure: The legacy of conversion therapies and recovery strategies in Brazil. *Journal of Homosexuality*, 1-20. <https://doi.org/10.1080/00918369.2025.2563234>
- Wampold, B., Baldwin, S., Holtforth, M., y Imel, Z. (2017). What characterizes effective therapist? En L. Castonguay y C. Hill (Eds.), *How and why are some therapists better than others?* (pp.37-54). American Psychological Association.
- Wang, S., Cheng, Y., Song, A., Keedy, S., Berman, M., y Feamster, N. (2025). Can LLMs address mental health questions? A comparison with human therapists. *arXiv preprint arXiv:2509.12102*.